

347
A. MUNDET ALVAREZ Y J. FIRMAT NOGUERA

LOS CASCABELES

ZARZUELA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN TRES CUADROS Y UNA VISIÓN

MÚSICA DEL MAESTRO

J. FERRER - VIDAL

PRIMERA EDICION

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

CALLE DEL PRADO, 24

1915





LOS CASCABELES

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

[217.5]

LOS CASCABELES

ZARZUELA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN TRES CUADROS Y UNA VISIÓN, ARREGLO

DEL CÉLEBRE DRAMA DE

Erckmann-Chatrian

LE JUIF POLONAIS

POR

A. Mundet Alvarez y J. Firmat Noguera

MÚSICA DEL MAESTRO

J. Ferrer-Vidal

estrenada en el Teatro de la Zarzuela

la noche del 16 de Junio de 1915



MADRID

Imprenta de EL MENTIDERO, Carrera de San Francisco, 13

Teléfono núm. 5.075

1915

Ala respetable señora
Doña Madrona Aloy
de Ferrer - Vidal,

en testimonio de alta consideración, sus
afectisimos, y. ss. pp. l.,

Mundet y Firmat

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ANITA	SRTA. ARRIETA.
CATALINA	» ORTEGA.
MATHIS	SR. MEANA.
CRISTIAN	» PARERA.
GUY.	» GANDÍA.
WALTER	» SUÁREZ.
EL JUDIO	» GALERÓN.
EL DOCTOR	» LOYGORR
EL NOTARIO.	» MORENO.
EL PRESIDENTE.	» GALERÓN.
EL RELATOR.	» CASTANEDA.

ALDEANAS, ALDEANOS, MAGISTRADOS Y GENDARMES
EL AMIGO, (UN PERRO)

*La acción en un pueblo de Alsacia, durante el invierno de 1833.
Derecha e izquierda, las del actor.*

TITULOS DE LOS CUADROS

- 1.º—*El aparecido.*
- 2.º—*Los cascabeles fantasmas.*
- 3.º—*El sueño terrible.*



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

El aparecido.

Sala baja, en una posada de una aldea alsaciana. Mesas, bancos y sillas. Al foro, puerta y ventana, que dan a la calle, en donde nieva copiosamente. A la derecha, una puerta que comunica con las habitaciones interiores. A la izquierda, puerta que da a la cocina y una gran chimenea de campana, encendida. Un armario aparador, de roble, con botellas, platos, vasos, etc. En un ángulo, antiguo reloj de pared, con caja. Es de noche. Sobre una mesa, un velón encendido. Fuera, el viento sopla con furia.

ESCENA PRIMERA

CATALINA y GUY

(Catalina cerca de la chimenea, sentada, hilando a torno. Guy dentro, derecha.)

MÚSICA

CATALINA . (Recitado dentro de la música, descriptiva de la tempestad.)

Desde lo alto de la sierra
sopla el huracán furioso...
Cae la nieve, incesante,
en gruesos y helados copos;
los mochuelos se acurrucan
del campanario en el fondo,
y en las vecinas montañas
aúllan hambrientos lobos!
El Viento, el Frío, la Noche,
el Hambre .. ¡Los cuatro monstruos!

- ¡Huid, malditos! Que sea
la paz de Dios con nosotros. (Se santigua.)
- GUY. (Oyese la voz de Guy a la derecha, dentro. Cantado.)
La, la-rá!...
Un lobo hambriento, un lobo...
- CATALINA. (Recitado dentro de la música.)
Ese es Guy con el amigo...
Anda siempre triste y solo
con su perro; algunas veces
descubro el llanto en sus ojos,
y aunque calla, se que pena
de mal de amores, el mozo.
¿De quién se prendó? ¡Dios sabe!...
¿Ella no le ama? Lo ignoro...
Pero él pena, y canta, canta
la triste canción del lobo...
- GUY. (Dentro, cantado)
Un lobo hambriento, un lobo
del monte bajó
a la pradera.
Se tropezó
con la zagala ovejera,
y aulló, aulló...
En sus labios de Abril,
al lobo aquel,
la zagala gentil
brindó con miel...
Con la miel bendecida
de un cantar:
el cantar de la vida
en sed de amar.
Y el lobo hambriento, el lobo,
al monte subió,
de la pradera.
Compadeció
a la zagala ovejera,
y huyó!... (Sale, y una vez fuera:)
La, la-rá!

ESCENA II

CATALINA y WALTER

HABLADO

(Tras corta pausa, el guardabosque Walter entra por el foro, dando fuertes y repetidas pisadas para sacudirse la nieve y desentumecer los pies. Deja la carabina cerca del reloj.)

WALTER. ¡Cómo nieva!... ¡Y qué frío tan agudo!...

CATALINA. Creí que habíais marchado ya.

WALTER. Espero a Guy para marchar juntos en vuestro carro, cuando me traiga molido el saco de trigo.

CATALINA. Ahora acaba de salir; no tardará en volver. ¡Cuidado con volcar!

WALTER. Vos, Catalina, nos dejaréis un farol para alumbrarnos, y me daréis un vaso de aquel vino...

CATALINA. ¿Para alumbraros también?

WALTER. No temáis. (Catalina vase a la cocina y vuelve con un farol apagado y un gran vaso de vino. Walter se aproxima a la chimenea para calentarse)

CATALINA. Aquí está.

WALTER. (Bebe.) Con estas dos estufas (por el vaso y el fuego), no hay frío que resista. Pero, ¿por dónde corretea vuestro marido, que no se le ve en ninguna parte?

CATALINA. Hace cinco días que marchó a Ribeauville, y le esperamos hoy.

WALTER. ¿Ha ido á buscar vino?

CATALINA. Precisamente.

WALTER. ¡Oh! El vino de bodas exige más tiempo que el ordinario.

CATALINA. (Con aparente extrañeza.) ¿Vino de bodas?

WALTER. Hacedos la desentendida. Ya sabemos que casáis a vuestra hija Ana con Cristián, el sargento de gendarmes.

CATALINA. Pues si ya se sabe, ¿a qué negarlo?

WALTER. Y la señorita Ana, ¿está contenta?

- CATALINA. Está enamorada de su prometido; con que ya os haréis cargo.
- WALTER. Mucho vale el sargento, pero a la señorita Ana la correspondía marido de mejor posición.
- CATALINA. Mathis prefiere la honradez a toda riqueza, y y como mi hija tiene buen dote...
- WALTER. Decís bien, señora Catalina.

ESCENA III

Dichos y GUY

(Entra con un saco de harina a espaldas y lo descarga en un ángulo de la escena.)

- GUY. ¡Buenas noches! (A Walter.) Aquí os traigo vuestro trigo hecho harina.
- WALTER. Está bien; y cuando queráis podemos irnos.
- CATALINA. Mathis no puede tardar mucho. Además, Guy tiene que cenar. Voy por la sopa. (Váse a la cocina.)

ESCENA IV

WALTER, GUY y ANA; a poco CATALINA

- ANA. Muy buenas noches.
- WALTER. Muy buenas.
- GUY. ¡Pero muy frías! (Coloca su mano izquierda sobre el corazón y, suspirando, exclama aparte.) ¡Qué hermosa es!
- ANA. Lo siento por mi padre, que ya no tardará en llegar.
(Sale Catalina con una escudilla de sopa humeante, que coloca sobre la mesa.)
- CATALINA. Aquí tenéis vuestra sopa.

- GUY. Se agradece. ¿Gustáis? (Siéntase y come.)
LOS DEMÁS. Que os aproveche.
WALTER. ¿Supongo, señorita Ana, que me permitiréis poner la liga... el día de vuestra boda?
GUY. (Apresuradamente.) Eso me toca a mí... a mí, que soy el sirviente más antiguo de la casa... Pero, mientras, bebamos a la salud del afortunado Cristián.
CATALINA. Y de todos los buenos amigos. (Escancia cuatro copas. Cada cual toma la suya y bebe después de chocar.)
ANA. ¡Callad!... ¿Oís?...
GUY. ¡Es el viento que pelea con la noche!
ANA. ¡No, no; es él! ¡Es Cristián!

ESCENA V

Dichos y CRISTIAN

- CRISTIÁN. (Sacude el tricornio y el capote, golpeando fuertemente con los pies en el suelo.) ¡Qué tiempo!... Buenas noches, señora Mathis; buenas noches, Anita... y vosotros también, buenas noches.
ANA. Acercaos al fuego y beberéis un vaso de vino.
GUY. (A Walter.) ¡Cómo le cuida!...
CRISTIÁN. Gracias, muchas gracias. (Se acerca a la estufa y bebe el vaso de vino que Ana le presenta.)
ANA. ¿Habéis triscado mucho por esas montañas? (Arregla el torno de su madre, toma un cesto de ropa y zurre durante el desarrollo de esta escena.)
CRISTIÁN. He pasado cinco horas persiguiendo malhechores, hundiéndome en la nieve.
ANA. ¡Pobre Cristián!... ¡Qué servicio tan penoso! (Se oye el bramar del viento.)
WALTER. ¡Cómo sopla el condenado!...
CATALINA. ¡Dios quiera que Mathis no se haya puesto en camino!

- CRISTIÁN. ¿Y son tan fríos todos los inviernos en este país?
- WALTER. No, señor sargento. Hace como quince años que no habíamos tenido un invierno tan crudo.
- GUY. Desde el invierno del judío polaco. Empezó en primeros de Noviembre y duró hasta Abril.
- CRISTIÁN. ¿Y por eso le llaman invierno del judío polaco?
- WALTER. No; le llaman así por un sucedido terrible, que en el país se recordará siempre con horror.
- CATALINA. Siempre lo recordaremos horrorizados, es verdad.
- GUY. (A Cristián.) En aquella ocasión sí que hubiérais podido ganaros una cruz de mérito.
- CRISTIÁN. ¿Por qué? (El viento brama furioso.)
- ANA. ¡Cuánto viento, Dios mío!
- WALTER. Hubiérais podido ganarla descubriendo al autor de un espantoso crimen. Yo puedo contarlo bien, porque lo vi todo. (Pausa.) Hoy, precisamente hoy, víspera de Navidad, hace quince años que estaba yo aquí, sentado con vuestro marido. (A Catalina.) También estaban Diedrich, y Rober, el forjador, que ya han muerto. (Pausa.) ¡Todos moriremos! (Cristian enciende la pipa y escucha con vivo interés.) Era poco más de esta hora. Cuando sonaban las diez, oímos un ruido de cascabels que se iba aproximando... y luego el relincho de un potro que se paró a la puerta... Se abrió ésta en seguida y apareció un hombre alto y fornido, como de cuarenta años. Era un judío polaco. Aún me parece verle. (Como sugestionado, mira hacia la puerta.) Y ve ahí que al entrar dice « Que la paz de Dios sea con vosotros. » Entonces, vuestro marido (a Catalina) le preguntó: « ¿En qué podemos servirlos? » El, sin contestar, se quitó la gran capa verde que llevaba y dejó sobre la mesa su cinturón repleto de monedas de oro, a juzgar por el sonido. El judío llevaba, además de la gran capa verde, guarnecida de pie'es, una gorra de marta

y calzaba altas polainas de piel de liebre. «Hay mucha nieve—dijo.—El camino se hace cada vez más difícil y voy a descansar un rato. De aquí a una hora proseguiré mi viaje.» Bebió en seguida una botella de vino, sin añadir palabra... Nos fuimos todos y el Judío quedó aquí.
(Se oye el bramido del viento, el aullido de los lobos y el estrépito de cristales rotos.)

- GATALINA. ¡Dios del cielo, qué ocurre!...
- WALTER. Nada... el viento. Habrán dejado alguna ventana abierta.
- CRISTIÁN. Hasta ahora no veo cómo hubiera podido ganarme la cruz.
- WALTER. Un poco de paciencia, señor Cristián... Al día siguiente encontré al caballo del judío hundido en la nieve... y a unos cien pasos del animal, la capa verde y la gorra, ensangrentadas. Por lo que hace al judío... ¡desapareció sin dejar rastro! ¡Nunca más se ha tenido noticia de él!
- CRISTIÁN. ¡Es misterioso, en verdad!... Lo que me extraña es que, hasta hoy, no había oído hablar de ese crimen.
- WALTER. Ha de venir a cuento, y como hace ya quince años, cada vez se habla del asunto más de tarde en tarde.
- CRISTIÁN. ¿Y no se sospechó de nadie, no se instruyeron diligencias?
- WALTER. Sí, cierto que sí; pero no se sacó nada en claro. Detuvieron a una cuadrilla de húngaros, que se había instalado, por aquel entonces, en un barracón fuera del pueblo, con sus fieras amaestradas, y como no apareció el cadáver del judío, hasta creímos que los húngaros lo habían echado a sus fieras para que lo devorasen. Pero pronto se probó la inocencia de los húngaros y les soltaron a todos.
- CATALINA. Cierto; y hará como cosa de diez años que aquellas gentes volvieron por aquí... Les hos-

- pedamos unos días y Mathis no quiso cobrarles ni un céntimo; lo recuerdo bien.
- WALTER. Desde entonces no se han visto más.
- CATALINA. ¡Qué tiempos aquellos, Dios mío! (Con pena.)
- WALTER. Distintos de los de ahora, ¿verdad? Vuestro marido vino de pie a este pícaro mundo... (A Cristián.) Esta posada era ya cosa perdida, cuando cádate que se les muere el tío Kásper y me les deja herederos de un pinar y un casuchón. Pocos cuartos en junto, pero lo bastante para que pudiesen pagar sus deudas y dar un empuje al negocio... Al año siguiente, se cierra la otra posada del pueblo, y Mathis tiene que ensanchar la suya... Hace economías y compra, hoy un campo, mañana otro, y después el molino y el encinar... y para remate se hace suyo al pueblo y me le nombra burgomaestre. Verdad es que nunca le han dolido a Mathis las limosnas y que esta casa es el refugio de los pobres.
- GUY. Tenéis razón.
- CATALINA. A Dios gracias.
- ANA. ¡Qué bueno es padre, qué bueno! (levantándose, gozosa.) ¿Oís las espuelas? Es mi padre que llega...
(Aparece Mathis embozado en una amplia capa, ribeteada de pieles, y cubierto de nieve. Lleva gorra de nutria, altas polainas y grandes espuelas.)

ESCENA VI

Dichos y MATHIS

- MATHIS. (Alegremente.) ¡Eh! ¡Eh! Soy yo...
- CATALINA. (Levantándose.) Mathis, esposo mío...
- ANA. (Abrazándole.) ¡Padre! ¿Ya estáis de vuelta?
- CRISTIÁN. (Levantándose.) Señor Mathis...
- WALTER. (Levantándose.) Ya tenemos aquí a nuestro buen burgomaestre.

- GUY. (Levantándose.) ¡Por fin llegó el amo!
- MATHIS. (Bondadosamente.) Ya sabes, Guy, que me desagrada ese nombre. Pues si: he dejado el coche en Vechem, con Juan. Llegarán mañana.
- CATALINA. (A Ana.) Hija, prepara la cena para tu padre.
- ANA. Si está ya dispuesta y al amor de la lumbre.
- MATHIS. ¡Mi buen Cristián! (Estrecha su mano efusivamente.)
- CRISTIÁN. ¡Señor Mathis!... ¿Y habéis venido solo en una noche como ésta, y sin temor a los lobos?
- MATHIS. ¡Ah! Los lobos saben de sobra que no se juega impunemente conmigo. Aunque a decir verdad, y aquí para entre nosotros, creo que los lobos no sólo temen mis puños y mi acero, sino... mi autoridad de burgomaestre. ¡Já, já, já!
- CRISTIÁN. Siempre tan jovial.
- MATHIS. Esto no obstante, he tenido que habérmelas con dos lobos rebeldes que me cortaban el paso, a los que acabo de hundir este puñal en las entrañas! (Saca del cinto un gran puñal.)
- GUY. (Aparte.) ¡Un puñal!... ¡Pobres lobos!
- CRISTIÁN. Dejadme ver... (Toma el puñal y lo examina.)
- WALTER. ¡Hermoso acero!
- CRISTIÁN. ¡Magnífica pieza!
- CATALINA. No te lo había visto nunca.
- MATHIS. (Muy nervioso.) Como que acabo de comprarlo en la feria de Rebeauville... a un mercader de antigüedades... (Aparte, hace un gesto de contrariedad. Alto.) Dádmelo, Cristián, lo guardaré.... (Cristián que observa atentamente el puñal, se lo entrega.)
- CRISTIÁN. Tomad.
- MATHIS. (Guardando el puñal y sentándose cerca de la estufa.) ¿Viene esa cena?
- ANA. ¡Pues es verdad!
- (Sale corriendo y vuelve, entrando y saliendo de la cocina, con diversas viandas que va sirviendo a su padre. Este se sienta a la mesa y come. Walter y Guy le acompañan, bebiendo.)
- MATHIS. El frío abre la gana de comer. Es bien penoso

- vuestro servicio, Cristián; sobre todo en invierno tan crudo.
- WALTER. Así se lo decíamos hace un instante; que desde el invierno del judío polaco no habíamos tenido tanta nieve.
- (Mathis. que iba a beber, queda con el vaso en alto y lo deja sobre la mesa sin gustarlo.)
- MATHIS. ¡Del judío polaco! ¡Ah! ¿De eso hablábais?
- WALTER. Sí... Ya recordaréis; tanta era la nieve, que el caballo del judío apareció al día siguiente casi enterrado y sólo asomaba la cabeza.
- MATHIS. No digo que no fuese así... pero es cosa tan antigua, que ya no sirve más que de cuento viejo para amedrentar a los chiquillos.
- CATALINA. Lo incomprendible es que en tantos años no se haya descubierto al asesino.
- MATHIS. Eso consiste en que *los* que dieron el golpe borrarían todas las huellas de su crimen, y creo que jamás se descubrirá! (Pausa.) ¡A vuestra salud!
- (Levanta el vaso y bebe. En este instante se oye el repiqueteo lejano de cascabeles, que se va aproximando. Mathis, como sugestionado, y todos con admiración e interés, mirándose unos a otros. Dan las diez en el reloj. A poco se oye el relincho de un caballo que se pára a la puerta. Expectación. Todos vuelven la cabeza hacia la puerta, que se abre para dar paso a un hombre alto y fornido, de larga barba negra, cubierto por una amplia capa verde, con vueltas de piel, gorra de marta y altas polainas de piel de liebre. Está muy pálido y tiene grandes ojos negros. Su aire es como de misterio y tristeza. Mathis le contempla con estupor y los demás con miedo.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y el JUDIO

- JUDIO. (Entrando.) Que la paz de Dios sea con vosotros.
- CATALINA. (Pausa.) ¿En qué podemos servirlos?

JUDÍO. ¡Hay mucha nieve! El camino se hace cada vez más difícil y voy a descansar un rato. De aquí a una hora proseguiré mi viaje.

(Se acerca a una mesa vacía y, quitándose la capa, se desabrocha el cinturón de cuero, que al caer sobre la mesa produce ruido de monedas. Mathis se levanta como electrizado, con la vista fija en el judío, que también le mira, y se desploma, exclamando con horror.)

MATHIS. ¡Oh! ¡Es él! ¡Es un fantasma! (Gran confusión.)

CATALINA. ¡Mathis! ¡Mathis!..

ANA. ¡Padre mío!

(Walter y Guy sostienen a Mathis.)

CRISTIÁN. ¿Qué ocurre?... ¿Qué es esto?..

(Auxilian todos a Mathis. El judío no ha cesado de mirarle fijamente. Cuadro.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO



CUADRO SEGUNDO

Los cascabeles fantasmas.

Sala baja. Fondo, derecha, puerta de entrada; izquierda, ventana, que da a la calle; dos puertas, lateral derecha, y entre ellas un armario secreter de madera antigua, con cerradura y cerrojo de hierro pulido. Izquierda, escalera a una habitación superior. Mesa y sillas. Estufa en el centro. Es la mañana del domingo. Día claro, sol brillante.

ESCENA PRIMERA

MATHIS, CATALINA y DOCTOR

(Mathis sentado cerca de la estufa. CATALINA vestida de fiesta y el Doctor con casaca, chaleco rojo, calza corta, botas altas y gran sombrero, estilo alsaciano, están de pie rodeando a Mathis.)

DOCTOR. ¿No os duele la cabeza?

MATHIS. Nada.

DOCTOR. ¿Ni os zumban los oídos?

MATHIS. Si os digo que me encuentro perfectamente.

CATALINA. Ya hacía tiempo que se quejaba de que tenía sueños pesados. Algunas veces hablaba soñando, pero no se entendían las palabras.

MATHIS. ¿Soñaba alto? (Aparte, alarmado.) ¡Bueno es saberlo!

DOCTOR. Habéis de cuidaros mejor, hacer más ejercicio y beber algo menos... El ataque de anteanoche indica que en Rebeauville os obsequiaron desmesuradamente; luego el viaje, el frío... ayudaron a congestionar vuestro cerebro y...

MATHIS. (Precaviéndose.) Y más que todo, la impresión

que me produjo la entrada del judío polaco, precisamente cuando hablábamos del *otro*. Desde aquel triste suceso, apenas me había vuelto a acordar del tal judío, cuando tan a tiempo se presentó, que imaginé si era un fantasma del otro mundo.

ESCENA II

Dichos y WALTER

- WALTER. (Entrando.) ¿De modo que ya estáis bien?
- MATHIS. ¡Ah! ¿Eres tú, Walter? Bien venido. Tu historia del judío polaco fué la causa de mi accidente. Creí ver entrar al *otro*. Yo no sé por qué esos judíos han de parecerse tanto y llevar todos igual capa, las mismas gorras y semejantes polainas. Y aquella mirada que parecía de alma en pena.
- WALTER. Y el cinturón...
- CATALINA. Y hasta las mismas palabras...
- MATHIS. ¡Las mismas del *otro*! (Bruscamente a Catalina) ¿Está aún en casa?
- CATALINA. ¿Quién? ¿El judío? (Mathis hace signo afirmativo.) Se fué al cabo de una hora.
- MATHIS. ¡Como el otro!... Lo siento; me habría gustado estrechar su mano, convencerme de que no era *aquél*, sino uno de carne y hueso! (A Catalina, como de súbito.) ¿Ya está avisado el notario?
- CATALINA. Ya le he mandado venir.
- MATHIS. (A Walter.) ¿Querrás ser testigo de contrato de boda?
- WALTER. Por supuesto. Pero, ¿qué prisa os ha entrado?
- MATHIS. Quiero asegurar la felicidad de mi hija que es mi tranquilidad también. (Se oye tocar a misa.)
- WALTER. El segundo toque de misa. Adiós, burgo-maestre.

- DOCTOR. Adiós, señor Mathis, y no olvidéis mis consejos...
- MATHIS. Descuidad... (Aparte.) Mejores son los míos.
(Vánse Walter y el Doctor.)

ESCENA III

MATHIS y CATALINA

- CATALINA. (En voz alta.) Ana, hija, el segundo toque.
- ANA. (Desde dentro.) ¡Voy, madre, voy!
- CATALINA. (A Mathis.) Hace dos horas que se está acicalando.
- MATHIS. ¿Cuándo mejor que hoy? Además, presumo que está haciendo tiempo para ver si llega su Cristián.

ESCENA IV

Dichos y ANA, que aparece arreglándose.

- CATALINA. (Con cariñoso reproche.) ¿Ya acabaste?
- ANA. Ya, madre. Adiós, padre. (Les besa.) Si viene pronto, que vaya a la iglesia.
- MATHIS. Así se lo diré. (Se oye el tercer toque.)
- CATALINA. El tercer toque...
- MATHIS. (Disponiéndose a salir. Levantándose.) Os acompaño hasta la puerta y así recibiré la caricia del sol.
(Salen los tres. A través de la ventana se ve pasar la gente, muy endomingada, hacia la iglesia. A poco queda todo en silencio y aparece por la derecha Guy, con su perro.)

ESCENA V

GUY y EL AMIGO (Un perro.)

MÚSICA

GUY. (Después de mirar por todos lados. Corta pausa. Recitado dentro de la música.)
Nadie nos oye, Amigo; estamos solos.
Podemos evocar la historia nuestra.
Tú sabes bien que de pequeño vine
a esta casa... ¡Ya sé que lo recuerdas!...
Pobre y medio desnudo me dejaron
unos hombres en una playa muerta,
fría como el dolor. Anduve, anduve,
y a poco te encontré. Mi amigo eras,
y Amigo fué tu nombre. Sin descanso
caminamos los dos, legua tras legua. .
Desfallecidos ya de hambre y de frío,
de este mesón llegamos a la puerta.
Nos paramos tú y yo, cuando una niña
muy rubia, muy graciosa, muy risueña,
nos dijo: "Entrad, entrad" Y tú y yo entramos.
Referí al mesonero las tristezas
de la tuya y mi vida, y nos dió asilo.
Yo su criado fuí; tú el centinela.
¡Dichoso pude ser! ¡Yo lo era entonces!
Pero quiso, cruel, mi suerte negra,
que de la niña rubia me prendase.
Tú la conoces bien; es Ana, es ella,
la hija del amo! ¡No, no sabrá nunca
este secreto amor; conmigo muera!

CANTADO

Cuando declina el sol, las flores duermen,
con un sueño suave y arrobador...
¡¡Reina un fulgor!!

La esencia de su ser, embriagante,
prodigan al Abril, que engendra el amor...
Amor en tu cáliz quiero libar,
bendita flor,
al despertar!

Cuando declina el sol, las flores duermen
con un sueño suave y arrobador...

¡Reina un fulgor!...

La esencia de su ser, embriagante,
prodigan al Abril, que engendra el amor...

(Recitado dentro de la música)

Enamorada está del buen sargento.

Enamorada está. ¡que feliz sea!

El pensamiento acaricié de amarla...

¡Es una flor! Pero llegó una fiera...

(Con arranque. Transición.)

¡Perdóname, Cristián! ¡Yo te lo juro,
yo te quiero también, porque te ama ella!

CANTADO

(Con fuerza, dolorido)

¡La esencia de su ser, embriagante,
prodigan al Abril, que engendra el amor!

(Vase con su perro. Piérdese su voz.)

ESCENA VI

MATHIS

HABLADO

MATHIS. (Entrando.) Guy también se ha marchado...
¡Por fin!... (Vuelve a su sillón.) Todo el mundo
está en misa... (Pausa.) ¡Cuánto he sufrido!... Y
en último término, ¿por qué? Porque se pre-
senta en mi casa un judío polaco, envuelto en
su gran capa verde, con su gorra de piel de
marta y sus altas botas de liebre... y aquel cin-
turón repleto de oro. Como si no hubiese en el
mundo más que un cinturón y un judío rico!...

¡Que la paz de Dios sea con vosotros!“ (Remedando al judío.) Todos saludan lo mismo. Nadie sospecha... y creo que, aunque yo lo asegurase, nadie lo creería... Pero me iré a dormir arriba, bien solo; cerraré la puerta con llave, no hiciese el diablo que durmiendo se me escapasen palabras... Quiero morir de viejo. Una vez Cristián de la familia... Cristián ve de lejos y mira hondo. adora a mi hija, y siempre sería el defensor de su padre. (Precipitadamente se dirige al secreter y saca de él una talega llena de monedas. Las va poniendo en columnas sobre la mesa.) No hay música como esta. (Revolviendo el oro.) Esta es de aquellas... No; para mis hijos, no... ¡Esta, para mí! (La guarda en el chaleco.) Una, dos, tres, cuatro, cinco... (Sigue contando en voz baja.) ¡Treinta mil libras!... (Se oye, lejano, el ruido de unos cascabeles.) ¡Eh!... ¿Qué es eso?... (Pálido y tembloroso, se pone como a defender su mesa.) ¡No, no!.. Son los cascabeles del carro de Guy. (Mira por 'a ventana.) ¡Nadie!... ¿Pero de dónde viene ese estrépito de cascabeles?... (Se hurga los oídos.) Suenan como si los tuviese aquí dentro!... Ya se alejan... ya... ya no los oigo. (Con satisfacción. Golpean con los dedos a los cristales de la ventana y Mathis se vuelve súbitamente, con terror.) ¿Quién? (Calmándose.) Ah, Cristián. (En voz alta, transición.) Entra, hijo mío, entra...

ESCENA VII

MATHIS y CRISTIAN

CRISTIAN. (Entrando, vestido de gala.) Señor burgomaestre, no sabéis cuánto me alegrá veros tan bueno ya...

MATHIS. Lláname padre, Cristián; pues yo desde este momento te llamo hijo.

- CRISTIÁN. Está bien, señor Mathis.
- MATHIS. Acabo de contar la dote de Ana, en luises de oro.
- CRISTIÁN. Bien sabéis que es vuestra hija a quien quiero.
- MATHIS. Lo sé; pero a nadie le amarga un dulce.
- CRISTIÁN. Yo no tengo capital.
- MATHIS. Pero tienes tu carrera, tienes tu honradez, y eso basta. Sólo una cosa más quiero de ti y esa depende de tu voluntad.
- CRISTIÁN. Entonces, contad con ella.
- MATHIS. No tengo más hija que mi Ana. Prométeme que mientras yo viva permanecerás en el pueblo, Cristián.
- CRISTIÁN. Os lo prometo.
- MATHIS. ¿Aunque te asciendan?
- CRISTIÁN. ¡Aunque me asciendan! (Aparte.) ¡Todo por Anita!
- MATHIS. (Con cierta desconfianza.) ¿De veras?
- CRISTIÁN. Os lo juro a fe de soldado.
- MATHIS. (Respirando con fuerza, estrechándole la mano efusivo.) ¡Me das la vida! ¡Gracias! (Transición.) Mi mujer y mi hija se han ido a la iglesia:
- CRISTIÁN. Me enfraqué en la lectura de un proceso, y...
- MATHIS. (Expansivo) ¿Y qué proceso era?
- CRISTIÁN. Aquél del judío polaco.
- MATHIS. ¿El judío?... (Con un estremecimiento que oculta a Cristián.)
- CRISTIÁN. Es muy extraño que nada se haya descubierto respecto al autor o los autores del crimen.
- MATHIS. Muy extraño, muchísimo.
- CRISTIÁN. ¿Sabéis que el asesino debió de emplear mucha astucia para no dejar ni el más ligero indicio...
- MATHIS. Más extraño es que, si le salió bien aquella, no haya vuelto a cometer otra fechoria... Y tal vez a eso se deba que no le hayan descubierto.
- CRISTIÁN. Bien pudiera ser lo que decís. Pero lo sorprendente es que no se encontrase el más pequeño vestigio del cadáver. ¿Y sabéis, señor Mathis... padre, qué idea me asalta?

- MATHIS. No me ocurre...
- CRISTIÁN. En aquella época había aún algunos hornos de cal en la falda del Vechem. Pues bien, yo creo que uno de aquellos hornos de cal sirvió para destruir completamente el cuerpo del pobre judío.
- MATHIS. Es muy posible, y no se me había pasado nunca por la imaginación.
- CRISTIÁN. Y ved por dónde podría aún caer el asesino en mis zarpas... (Con un movimiento natural coloca una mano sobre el hombro de Mathis, quien palidece y luego se enjuga el sudor.)
- MATHIS. (Reponiéndose.) ¿Después de quince años?
- CRISTIÁN. Después. No sería el primer caso. Precisamente... (Muestra un periódico.) Este periódico refiere que ha caído en manos de la justicia un asesino que consiguió Burlarla durante veintidós años. Y le han condenado a muerte. Ved e aquí, dibujado... Va camino de la horca...
- MATHIS. (Apartando la mirada del papel.) ¡Camino de la horca!...
- CRISTIÁN. (Guardando el periódico.) El alma se alegra al ver que un crimen no queda impune. ¿No lo sentís así?
- MATHIS. (Ambiguo.) Sí que lo siento ..
- CRISTIÁN. (Confidencial.) Y viniendo a nuestro caso: Si pudiera averiguarse quiénes tenían en aquella época horno de cal...
- MATHIS. (Riendo, con un esfuerzo.) Alto ahí, que yo entonces tenía horno de cal, y precisamente cuando ocurrió el crimen, yo quemaba yeso.
- CRISTIÁN. (Riendo también.) Así no hay más que hablar. Me había equivocado.
(Siguen riendo fuertemente. Entran Catalina y Ana.)

ESCENA VIII

Dichos, CATALINA y ANA

- ANA. Aquí está Cristián.
MATHIS. ¿No vienen los otros?
CATALINA. Están en la sala grande. El notario les está leyendo el contrato de boda.
MATHIS. (Levantándose.) ¿Vamos allá?
(Cristián y Ana hablan aparte en voz baja.)
CATALINA. ¡Ay! Mathis, ya lo ves: ni reparan en nosotros.
(Con tristeza, por Ana y Cristián.)
MATHIS. Es ciego el amor, Catalina.
CATALINA. (Sollozando) ¡Parece como si [me] [arrantcasen] el corazón!
MATHIS. Vaya, sé fuerte; no llores.
CATALINA. No lo puedo evitar, Mathis; no lo puedo evitar.
MATHIS. Es por su bien, Catalina, es por su bien. (La abraza tiernamente. Catalina ahoga las lágrimas y mirando a su hija, vánse por segunda derecha.)

ESCENA IX

CRISTIAN y ANA

MÚSICA

- CRISTIÁN. Ya puedo, vida mía,
gentil paloma en celo,
decirte que moría
de amor, cuando seguía
tu vuelo.
Nacieron mis amores
al sol de primavera
y al beso de las flores
que enciende en la pradera
colores.
¡Sólo tu imagen quiero adorar!

Al pie del altar,
soñando, me vi;
tu mano al tomar,
la dicha triunfar
sentí.

La flor del querer
en un bello amanecer
brotó,
y mi alma de placer
inundó.

ANA.

Nacieron mis amores
al sol de primavera
y al beso de las flores,
que enciende en la pradera
colores.

Del valle a los murmullos,
alcé ferviente ruego,
y en mágicos arrullos
la pasión
abría sus capullos
de fuego

¡Tú me ofreciste tu corazón!

Al pie del altar,
temblando, me ví;
tu mano al tomar
la dicha triunfar
sentí.

La flor del querer,
en un bello amanecer
brotó,
y mi alma de mujer
despertó.

CRISTIAN.

Fué mi vida aprisionada
por la red de tu pasión.

ANA.

Día y noche de tu amada
va contigo el corazón.

CRISTIÁN.

Y yo, desde que a tus gracias me rendí,
tu voz siento como un beso aletear.

Mi amor ya se ha convertido en frenesí...

¡Tu frente quiero besar!...

ANA. ¡Ven a mis brazos, ven a soñar!

CRISTIAN. / Al pie del altar,

ANA. \ dicho^{SO}
sa me vi;

tu mano al tomar,

la dicha triunfar

sentí.

CRISTIAN. ¡Mi bien!

ANA. ¡Mi amor!

CRISTIAN. / (Abrazándose.) ¡La vida es un Edén

ANA. \ seductor...!

ESCENA X

HABLADO

Dichos y MATHIS; en seguida CATALINA, WALTER, GUY DOCTOR, NOTARIO, ALDEANAS y ALDEANOS

MATHIS. Hijos míos: el notario y los testigos.

(Van entrando y distribuyéndose por la cámara, Walter, Guy, el Doctor y otros convidados, aldeanas y aldeanos. Unos estrechan las manos de Mathis y Cristián; otros felicitan a la novia y a su madre. El último entra el Notario, hombre pulcro y agradable, de fisonomía animada, con una gran cartera bajo el brazo y saludando a todos, se sienta en el gran sillón próximo a la mesa. Un momento después, con documentos en la mano, se levanta y todos callan con el mayor respeto.)

NOTARIO. Señores testigos: ya habéis oído las cláusulas del contrato matrimonial que va a celebrarse. ¿Hay entre vosotros quien haya de hacer alguna observación? (Pausa. Silencio general.) Puesto que nadie presenta objeción alguna, podremos pasar a la firma del contrato.

WALTER. ¿Y la tradicional canción de los esponsales?

MATHIS. En estos actos no puede faltar.
MUJERES. ¡Que cante la novia!
HOMBRES. ¡Que cante! (Animación.)

MÚSICA

ANA. Una princesa sentía
del amor el despertar,
y un pastorcillo vivía
abrasado en sed de amar.
La princesita hechicera,
en un desmayo de amor,
se declaró prisionera
del hechicero pastor.

CORO. Una princesa sentía
del amor el despertar,
y un pastorcillo vivía
abrasado en sed de amar.

ANA. Feliz mariposa,
bien pronto voló
la nueva dichosa,
que al pueblo encantó...
Y la princesita,
su pueblo al mirar,
prodigó, bendita,
sus flores,
sus flores de azahar.

Y asegura la leyenda
que dichoso el pueblo aquél,
de sus flores con la ofrenda
fué de amores un vergel.

CORO. Y asegura la leyenda
que dichoso el pueblo aquél,
de sus flores,
de sus flores con la ofrenda
fué de amores un vergel.

ANA. Tomad, de amistad pura,
mis floras hechiceras,
y broten de su albura

las dichas verdaderas...

(Reparte entre las muchachas flores de azahar, de las que contendrá una elegante cestita que habrá dispuesto Catalina.)

TODOS. ¡Ah!

HABLADO

NOTARIO. Muy bien, señorita Ana. Vos haréis feliz a vuestro elegido. (Transición.) Pasemos a firmar.

MATHIS. (Con solemnidad, levantándose.) Permitid, señor notario. Un momento... Cristián: el burgomaestre Hans Mathis tiene en tan poca estima el dinero y da tanto valor a la honradez, que se considera dichoso llamándoos hijo suyo! Cristián: yo sé bien que a tu lado mi adorada hija será feliz!

CRISTIÁN. (Vivamente emocionado.) ¡Padre mío... yo os lo juro! (Se abrazan estrechamente.)

MATHIS. (Al Notario.) Cuando queráis...

NOTARIO. Muy bien, señor Mathis. En mi larga vida de notario he autorizado muchos contratos matrimoniales...; pero siempre eran los escudos quienes se unían con los doblones... La unión de una gruesa fortuna con el honor, es cosa rarísima. La felicidad de un matrimonio así, está asegurada.

MATHIS. He dicho lo que siento y nada más.

WALTER. ¡Y muy bien dicho!

(Ana y Catalina se abrazan, llorando. Mathis abre el secreter y saca una talega de monedas, que deja sobre la mesa. Al ruido que produce, se vuelven todos a mirarla.)

MATHIS. (Gravemente.) Señor Notario... aquí está la dote de mi hija, en buena moneda de oro francés.

CRISTIÁN. Señor Mathis...

MATHIS. Todo me parece poco. Cuando Catalina y yo faltemos, encontraréis mucho más. Recibid tranquilos este dinero, ganado escudo tras escudo,

sin que uno siquiera haya llegado a mis manos por malas artes.

(Se queda estupefacto e inmóvil, con la mirada fija en el talego. Ha comenzado a oírse lejano un cascabeleo.)

NOTARIO. Señor Mathis, vos el primero.

MATHIS. Primero el novio. (Firma Cristián; después firman los testigos, en seguida de la novia, y Catalina hace una cruz, pues no sabe escribir. Aparte, mirando a todos.) ¡Oh!... Y se conoce que nadie oye los cascabeles.

(Suenan más ruidosamente los cascabeles)

NOTARIO. Vaya, señor Mathis, firmad y todo estará terminado.

CATALINA. Yo he puesto una cruz.

MATHIS. (Aparte.) ¿Será la sangre? (Firma con pulso seguro, se acerca al talego y lo vacía bruscamente. Alto.) Contad, señor notario. (Aparte.) Era la sangre. (Cesan los cascabeles, cuyo sonido había ido disminuyendo. Alto.) Es preciso que nadie pueda creer que en el fondo de la talega hay trampa.

CRISTIÁN. ¡Por Dios, señor Mathis!...

MATHIS. (Asiéndole fuertemente las manos.) Entre gente honrada, como nosotros, las cosas claras... a la luz del sol. (Al Notario.) ¡Contad, contad!

WALTER. ¡Decís unas cosas!...

NOTARIO. El señor Mathis tiene razón. Así se hace siempre. Pero ahora no puedo disponer del tiempo necesario. Mañana llenaremos ese requisito.

MATHIS. Como queráis.

CRISTIÁN. Señor notario, siguiendo la costumbre, os acompañaremos todos hasta vuestra casa.

NOTARIO. Honradísimo, señor Cristián. Vos, querido Mathis, quedáis, como convaleciente, dispensado de tal ceremonia. (Le estrecha la mano.)

MATHIS. Gracias, señor notario.

NOTARIO. (Volviéndose y a todos.) ¿Vamos, pues?

CRISTIÁN. Vamos.

(Van saliendo. Primero el Notario y al final Cristián)

Ana. El último Guy, que está junto a la puerta izquierda.)

ANA. (Aparte a Guy, mientras sale.) ¡Oh, mi buen Guy, soy feliz! ¡Muy feliz!

MATHIS. (Aparte, preocupado.) ¡No suenan los cascabeles! ¡Era la sangre! (Oprimiéndose el corazón.) Calma, corazón!

GUY (Aparte, lo mismo, y con profundo dolor.) ¡Corazón, calma! (Váse.)

ESCENA ÚLTIMA

MATHIS solo.

MÚSICA

(Después de mirar por todas partes para convencerse de que está solo.)

MATHIS. ¡El último combate,
lo acabo de ganar!
Que la vejez me mate,
por fin, puedo esperar.
¡Mi astucia y mi malicia
acaban de triunfar!
¡Del hombre la justicia
consigo, al fin, burlar!

¡Já, já, já!

¡Já, já, já!

Suenan los cascabeles Recitado dentro de la música.)
¡Oh! ¿Qué escucho?... ¡Otra vez los cascabeles
malditos!

(Retrocede hacia un lado, tapándose los oídos.)

CANTADO

¡Va el trágico remedo
de mi conciencia en pos!
¡Ay, que burlar no puedo
la alta justicia de Dios!

(Los cascabeles suenan cada vez con mayor fuerza.)

¡Cuál resonáis, crueles,
en mi corazón!

¡Callad, oh, cascabeles!

¡Perdón, perdón, perdón!

¡Si muerto queréis verme,
sonando continuad!

(Como enloquecido se dirige hacia la escalera, que
remonta, y al final desaparece.)

¡Oh! ¡Vais a enloquecerme!

¡Callad! ¡Callad! ¡Callad!

(Los cascabeles repiquetean con verdadero furor.)

TELON

FIN DEL CUADRO SEGUNDO



CUADRO TERCERO y último.

El sueño terrible.

Gran sala del piso superior. Ventanales al fondo. En primer término, derecha, puerta que da a la escalera. Segundo plan, izquierda, y formando ángulo, las vidrieras de la alcoba, con visillos. Es de noche. Alumbrado un velón.

ESCENA PRIMERA

MATHIS

MATHIS. ¡Ya tengo asegurada mi honra... y mi cabeza! Casada mi hija con Cristián, él sería siempre el defensor de su padre. (Dentro se oyen voces de alegría.) ¡Cómo se divierten!... Ahora sí que va de veras. No obstante, dormiré en este piso alto, separado por completo de las demás habitaciones. (Con sorna.) Aquí se respiran aires más sanos... No hiciese el diablo que un día soñase en voz alta y rodase por el suelo todo el castillo de naipes de mi fama.

MÚSICA

ANA. (Dentro.) Con unos padres como mis padres, y con un novio como el que tengo, del mundo entero puedo reirme, puedo reirme del mundo entero.

HABLADO

- VOCES. (Dentro.) ¡Bien! ¡Bien! ¡Que se repita! ¡Que cante un cantar de amor!
- MATHIS. Aún quedan algunos. ¿Cuándo se irán todos?

MÚSICA

- ANA. (Dentro.) Más fácil es sentir amor que describirlo en un cantar; el santo amor, en el dolor, no en el placer, se ha de mostrar.
- GUY. (Dentro.) ¡La, la-rá!
En sus labios de abril,
al lobo aquél,
la zagala gentil
brindó con miel...
¡La, la-rá!
(Guy lanza un grito, al que sigue uno general, como de horror, y luego todo queda en silencio. Se oye el aullido lúgubre y prolongado del perro.)

HABLADO

- MATHIS. ¿Qué ha ocurrido? Voy a ver desde la escalera. (Sale y a poco vuelve.) ¡Nada!... Ese imbécil de Guy que ha caído, borracho, de bruces sobre la mesa. Se le llevaban a tomar el aire... Todos se han marchado ya... Aquí me río yo de pesadillas y de hablar soñando... Porque en resumidas cuentas eso de... los cascabeles y los sueños y las sospechas... son imaginaciones, manías. Ahora a dormir tranquilamente...
(El perro aulla de nuevo siniestramente. Mathis entra en la alcoba con la luz, que apaga al suponerse que está acostado, y, mientras, se oye dentro el coro de bebedores, que se aleja.)

CORO DE HOMBRES, dentro

Si escasas nuestras ropas,
ya entramos en calor
bebiendo de las copas
el límpido licor.
¡Bebamos, compañeros,
seamos los primeros
en vino y en amor!

Vivir, se dice, para ver.
¡vivir aún más para beber!

¡Dormir!
¡Dormir no es siempre descansar,
pardiez!
Tal vez sufrir,
tal vez gozar...
Tal vez morir,
tal vez
resucitar...

¡Dormir no es siempre descansar!

(Queda la escena a oscuras completamente y a poco se insinúa en el fondo una luz azulada fantástica y aparece entre las tinieblas la Sala de un Tribunal, de aspecto vetusto, ventanales de colores, un gran Cristo en la pared y debajo tres Magistrados, con toga roja y pelucas blancas, detrás de una mesa. En otra el Relator. Enfrente el Fiscal. A la izquierda, separado por una barandilla, público, y entre éste Ana, Catalina, Walter y el Doctor. El Presidente toca la campanilla y entra Mathis descompuesto y lívido, seguido de dos gendarmes, y se sienta en el banquillo

ESCENA II (1)

MATHIS, RELATOR, PRESIDENTE, FISCAL, DOS MAGISTRADOS, DOS GENDARMES, ANA, CATALINA, WALTER y DOCTOR

RELATOR. (Leyendo el acta de acusación.) En su consecuencia, señores Magistrados, se acusa a Hans Mathis de haber asesinado al polaco Baruck Kowesky, con el fin de robarle un cinturón que llevaba repleto de oro...

PRESIDENTE. Hans Mathis: ya lo habéis oído. Todo os acusa: el Fiscal, la opinión pública y hasta vuestra conciencia.

MATHIS. Esos que me acusan, mienten, y no tienen pruebas de lo que dicen.

PRESIDENTE. Esas pruebas ya se verán. Entretanto, ¿por qué siempre el tintineo de cascabeles?

(Se oyen los cascabeles.)

MATHIS. ¡Malditos cascabeles!

PRESIDENTE. Nadie los oye sino vos. Es que en vuestra alma guardáis el recuerdo de aquel collar que llevaba el caballo del judío.

MATHIS. (Con fuerza.) ¡No!

FISCAL. Señores Magistrados: ya observasteis cómo la capa ensangrentada de la víctima, que figura en autos, produce escalofríos de horror en el acusado, y requerimos que ordenéis cubrirle con esa capa, seguros de que el acusado no podrá sustraerse al efecto hipnótico, anulador de la voluntad, que la sola vista de la capa ejerce en él; y si, como este Ministerio espera, el efecto se produce, el acusado Hans Mathis declarará aquí toda la verdad, punto por punto.

(1) Esta escena puede representarse tal como va aquí, o sustituirse por una película, impresionada a propósito, que proporcionará la *Sociedad de Autores*, conforme se hizo en el teatro de la Zarzuela. También pueden las Empresas dirigirse para la adquisición de la película a Jaime Firmat, Consejo de Ciento, 347, Barcelona.

PRESIDENTE. (Consulta en voz baja a los Magistrados, y luego, levantándose.) La Sala accede a la petición del Ministerio Público, y ordena a los gendarmes que cubran al acusado con la capa de la víctima. Pronto. (Los gendarmes intentan colocar la capa sobre los hombros de Mathis, quien se agita furioso.)

MATHIS. ¡Jamás! ¡Jamás! ¡¡Antes la muerte!!

PRESIDENTE. (Enérgico.) ¡Gendarmes, obedeced! (Los gendarmes logran colocar la capa a Mathis, que tiembla ahora como un azogado.) ¡Por fin! (A Mathis, que está como hipnotizado; estúdiense bien este momento.) Ya no tenéis voluntad propia; ya os debéis a la verdad, por más que os dañe, y vais a referirnos todo lo que hicisteis en aquella noche maldita. (Se sienta. Expectación.)

MATHIS. (Levantándose como un autómeta) Sí; estamos en la noche del veinticuatro de Diciembre de mil ochocientos dieciocho... Todos se han acostado y el judío polaco sigue calentándose. Luego se ciñe el cinturón repleto de monedas. ¡Cómo me mira con sus ojos negros! Una, dos... las once. Ya se levanta... se envuelve en su capa... paga lo que le pido y en el pórtico sube al trineo. El sonido de los cascabeles se va alejando. Mi puñal. ¿En dónde está mi puñal? ¡Ah, sí! En el desván. (Representa que corre a buscar el puñal.) Yo, por el atajo. (Representa que huye precipitadamente.) Llegaré antes que él... ¡Ya he llegado!

—
Está la noche helada,
encapotado el cielo.
La nieve inmaculada
desciende sobre el sue'lo.
La nieve se hace escarcha...
Desierto está el camino...
Sobre la escarcha marcha,
temblando, el asesino.

Entre las sombras vela,
astuto, el criminal,
y el hielo no le hiela;
le hiela su puñal .

Apariciones crueles
me acosan sin cesar...

Festivos cascabeles
comienzan a sonar...

La víctima inocente
se acerca sin temor...

Ya estamos frente a frente.

¡Fuera piedad! ¡¡Valor!!

(Da unos pasos, como siguiendo las huellas de la víctima.)

Detengo el potro bravo...

Se para junto a mí...

«¡Alto!» «¿Quién va?» «¡Yo!» —¡Y clavo
mi puñal, así, así!

(Representa la conversación y el acto de clavar el puñal en el pecho.)

El infernal tesoro
robé, con ansia, audaz,
y en cada pieza de oro,
del muerto ví la faz.

(Representa que se carga el cadáver; se inclina y jadeante, da unos pasos, hasta que llega al horno, mira si alguien le sigue y arroja el cadáver.)

¡Me aplasta! ¡Al horno! En torno
miré y a nadie ví...

Entré. ¡En la cal del horno
el cuerpo inerte hundí!

La sangre, allá en la nieve
reguero señaló;

pero, cayendo, leve,
más nieve lo borró.

(Representa que arroja al fuego el cinturón del polaco, ya vacío.)

Se abrasa el cuerpo inerte...

Al fuego tú también,
testigo de su muerte...

Todo terminó. ¡Amén!
Entre las sombras vuela
cual sombra, el criminal,
y su arma no le hiela,
le hiela su caudal.

(El Tribunal con los Magistrados de pie, y el público en ademán de expectación. Mathis, mientras suenan los cascabeles, se arrodilla y exclama con desesperación.)

¡Cuál resonáis crueles,
aquí en mi corazón!

¡Callad! ¡Oh, cascabeles!

¡Callad! ¡Perdón! ¡Perdón!

FISCAL. Gendarmes, quitad la capa al acusado. (Los gendarmes se la quitan. Mathis despierta de su sueño hipnótico y mira a todos con estupor)

MATHIS. ¡Oh! ¿qué veo? Esto es un sueño... ¡un sueño terrible! (Se deja caer extenuado sobre el banquillo)

PRESIDENTE. Habéis reproducido ante el Tribunal, cómo atacasteis aquella noche al judío, a quien, de una sola puñalada, partisteis el corazón. Por consiguiente, os condenamos a muerte vil en la horca. (Mathis se yergue y, horrorizado, se lleva la diestra a la garganta. Queda un momento a oscuras la escena. Al volver la claridad, se ve tal como estaba la cámara de Mathis, pero ya de día claro. Se oyen pasos acelerados en la escalera, que se acercan a la habitación de Mathis.)

ESCENA FINAL

Los que van indicándose.

CATALINA. (Fuera.) ¡Mathis!... ¡Mathis!.. Levántate, que ya es tarde.

ANA. (Fuera.) ¡Padre!... ¡No seáis perezoso!... Hace un día espléndido.

- CRISTIAN. ¡No seáis dormilón, padre!... (Pausa. Dejadme... Aquí sucede algo.
(Fuerza la puerta y váse corriendo a la alcoba.)
- WALTER. (Entrando.) Menudo disgusto recibirá cuando sepa la muerte de Guy.
- ANA. El ha muerto feliz. Su perro era su único amor...
(Ana y Catalina se dirigen a la alcoba y en este momento sale Cristián, que las detiene.)
- CRISTIÁN. ¡No, no entréis!
- CATALINA. ¡Yo quiero verle!
- ANA. ¡Padre mío!
(Sale Mathis tambaleándose.)
- MATHIS. ¡Verdugo, déjame!... ¡La cuerda!... ¡Cortad la cuerda!...
(Con las manos crispadas en el cuello, como si quisiera librarse de una ligadura. Va a caer y le sientan en el sillón, desde donde resbala hasta el suelo, muerto. Ana y Catalina se arrodillan, sollozando, y los hombres se descubren.)
- WALTER. ¡Muerto!
- CRISTIÁN. ¡El hombre más honrado de toda la Alsacia!
- WALTER. ¡Como Guy el criado más digno! Al fin y al cabo, los dos han tenido la muerte mejor que pueda desearse. ¡Quien muere como ellos, no sufre: yo os lo fío!

TELÓN

FIN DE LA OBRA



ACLARACIONES

Gran parte de la Prensa de Madrid arreció de lo lindo contra los pacientes autores de este arreglo. Hubo crítico tan sagaz que adivinó en nuestros apellidos, tan verdaderos como ignorados, flamantes pseudónimos; quién aseguró, bajo su leal palabra, que “un tal” Shakspeare había escrito una obra titulada “Macbeth” (noticia que de corazón le agradecemos), para descubrirnos que algo por el estilo “de lo que pasa” en “Los cascabeles” “pasaba” ya en aquella notable producción (cosa de que informaremos cumplidamente a los Erckmann-Chatrian cuando nos llegue el turno de mudar de barrio); quién afirmó que nuestra zarzuelita carecía en absoluto de interés; quién certificó que habíamos despojado al original de todo su mérito; quién habló de procedimientos anticuados, y quién se descolgó con que el desenlace era brusco y dejaba numerosos cabos sueltos (el desenlace es el mismo de la obra francesa, y ni un detective es capaz de descubrir esos cabos sueltos); y fué general la creencia de que habíamos escrito “Los cascabeles” sobre la versión que de “Le juif polonais” hicieron los Sres. Francos Rodríguez y González Llana en el año de gracia de 1895. Sólo que no conocíamos ni la existencia de la tal versión, hasta cosa de ocho días antes de ser estrenados “Los cascabeles”, que fué cuan-

do nos llegó la nueva por un viejo editor y amigo nuestro de Barcelona. Si alguien no tiene cosa en qué invertir mejor sus ocios, lea “El judío polaco” y “Los cascabeles”, y no dudará de nuestras palabras.

Nos cumple declarar que los Sres. Francos y Llana no modificaron los “procedimientos anticuados” del original, ni hicieron más que seguirle escena por escena, con las solas variantes de un leve cambio en el final del acto segundo, y la amputación grave en el mismo de una deliciosísima escena de amores, entre Ana y Cristián.

Conocíamos, sí, una adaptación irreverente en versos detestables, de la obra de Erckmann-Chatrian, representada hace años en Barcelona con el título de “El vino de Valdepeñas”, y una fiel y meritísima traducción catalana, de D. Salvador Vilaregut, rotulada “Els picarols”, y que se estrenó, con ruidoso éxito, en 1908. Nada más.

El libro de “Los cascabeles” fué escrito por encargo del director de una compañía que actuaba en Barcelona, y, cosas de teatro, no se estrenó la obra encargada, ni siquiera llegó a musicarse; pero acaso por aquello de que no hay mal que por bien no venga, después de algunos años alcanzamos la fortuna de que el notabilísimo compositor D. J. Ferrer-Vidal aceptase el compromiso de escribir la partitura para los sonados “Cascabeles”, y hecha la partitura, y sólo por el mérito de la partitura, escaló la obra el teatro de la Zarzuela, de Madrid, y los libretistas consentimos el estreno, con la esperanza de que resultase una novedad para el gran público de la corte, conocer la obra que proporcionó elementos al malogrado Ramos Carrión, para construir, con estupefanda habilidad y profundo conocimiento de nuestras orientaciones, el interesante libro de su famoso melo-

drama "La tempestad", que con tanta brillantez musicó el maestro Chapí, de gloriosa memoria.

Y no vea nadie en estos renglones un prurito de revolverse contra la crítica madrileña, de cuya sensatez, imparcialidad, pericia y hasta benevolencia, recibimos inúmeras demostraciones, sino el natural deseo de que las cosas queden en el lugar que les corresponde y de que cada palo aguante su vela.

Y para terminar: el Guy es de nuestra invención, así como el drama, que vive, y del original francés suprimimos cuatro personajes secundarios, aligeramos el diálogo e introdujimos algunas modificaciones, indispensables para nuestro objeto, pero que no inferen la menor herida al corazón de la obra madre, que aquí palpita con toda su fuerza.

Y el libro de "Los cascabeles" responde de lo que dejamos expuesto.

Mundet-Firmat.





3 0112 117486081

PRECIO: UNA PESETA